

LA GUERRA TERMINÓ







LA GUERRA TERMINÓ

David Almond

*Ilustrado por
David Litchfield*

loqueleg®

Prólogo

Semillas brillantes

Yo era pequeño, como John, el protagonista de esta historia, y jugaba en un parque con mi mamá y mi hermano mientras anocheceía. Había muchos árboles, aunque me parece que ningún poste de luz, pues empezaba a ser complicado ver los barrotes del pasamanos. Dejamos de jugar, escuchábamos a los pájaros yéndose a dormir, y descansamos en la penumbra de los juegos, en silencio. Mi mamá en un subibaja, mi hermano en lo alto de la resbaladilla y yo en un columpio.

 Mi mamá nos sorprendió: “¡Miren el cielo!”. Era una noche sin luna, así que las estrellas parecían de

película. “¡Oh, guau! ¡Son muchas!” dijo mi hermano o dije yo o dijimos los dos, no recuerdo bien, y nos quedamos otro ratito callados. Hasta que ella nos sorprendió de nuevo: “Y pensar que, en otras partes del mundo, en este preciso momento, hay niños viendo estas estrellas, pero en medio de una guerra”. Esa rima resonó en mí: *estrellas, guerras*. Imaginé que cada puntito de luz era un estallido y que las estrellas fugaces cruzaban el cielo como bombas. Me sentí triste. No sé qué pensarían mi hermano y mi madre, pero yo pensé en esos niños y esas niñas. Otra vez nos quedamos en silencio.

Cuando leí la historia que tienes entre tus manos, recordé ese momento de mi infancia. Hubo algo en la tristeza de John, que vive en una Inglaterra en guerra con Alemania; algo en la preocupación de su madre, que trabaja en una fábrica armamentista; algo en la ausencia de su padre, que lucha lejos y cuyo casco

está hecho en esa misma fábrica, y también algo del pueblito en el que vive, rodeado de bosque y con una pequeña plaza para jugar.

Las escenas en este libro, tan emotivamente narradas por David Almond, uno de mis escritores favoritos, e ilustradas por David Litchfield, un artista que seguro te sorprenderá, fueron apareciendo a mi alrededor mezcladas con recuerdos y preocupaciones por las guerras del presente. ¿Te ha pasado? Los libros como este, donde los personajes se sienten vivos, resuenan con nuestra vida, activan nuestra imaginación y transforman nuestra percepción de la realidad.

Ahora que lo pienso, esa noche en el parque fue también la primera vez que me hice consciente de la fragilidad y el temor que experimentan otras personas en conflictos armados. Este libro reavivó esa reflexión que quizá tú ya has tenido o que empezarás a plantear-te luego de leerlo.

Igual que los compañeros y las compañeras de John, yo también le pregunté después a mi madre los porqués de las guerras. Preguntar puede ser el primer paso, en paz, para cambiar el mundo. Recuerdo vagamente una respuesta que tenía que ver con el miedo o el poder o la soberbia de los varones, o todo eso al mismo tiempo.

John y su grupo temen que los días, las semanas, los meses, pasen y pasen y no termine esa guerra, y sean ellos y ellas quienes deban sumarse a la pelea. Preguntan y preguntan, pero el director de la escuela, el señor McTavish, que parece más un general, sólo los manda a callar. “Señor, nosotros somos niños. ¿Cómo vamos a pelear? ¿Cómo podemos estar en guerra?”, cuestiona Dorothy, una compañera de John, y aunque McTavish le responde que ellos son parte de la guerra al hacer sus deberes y portarse bien, esa pregunta crea un eco en John: “Sólo soy un niño. ¿Cómo puedo estar en guerra?”. Piensa, observa críticamente

a esos adultos, se pregunta si las cosas podrían ser de otra forma y se atreve a desobedecer aquellas órdenes dictatoriales y absurdas, como que todos los niños y las niñas de Alemania son sus enemigos, así que entabla amistad con Jan, un niño de aquel país.

La guerra terminó no sólo me hizo viajar al país de mi infancia, también me llevó al país de mis libros: desde *Corazón diario de un niño* de Edmundo de Amicis, de 1886, hasta *Seguir tus pasos* de Alicia Molina, de 2022, y en particular a *¿Y si los soldados pelearan con almohadas?* de Heather Camlot y Serge Bloch, de 2020, un libro informativo que muestra ejemplos de acciones de resistencia pacífica. Ahí hay una pregunta que parece ser formulada por John: “¿Y si los pilotos de combate lanzaran semillas en vez de bombas?”

John siembra semillas de escaramujo, un fruto que crece en el bosque, en un pedazo de tierra maltratada en el que sus compañeros suelen jugar a la guerra.

Es su forma de imaginar otro mundo dentro de su mundo. Una posibilidad que tenemos *todxs*. Y ahora pienso en lo que decía Valentina Glockner, una amiga muy querida que defendía los derechos de niñas y niños: “Por cada práctica de terror, hay prácticas de vida; por cada práctica de aislamiento, hay prácticas de solidaridad”. Eso mismo nos dice *La guerra terminó*, con ese bellísimo título que merece ser pronunciado en voz alta hasta que se cumpla: por cada evento violento a nuestro alrededor, hay muchos actos de amor. Y si no los vemos, podemos sembrarlos, como John.

Vuelvo, con él a mi lado, al parque en el que miré las estrellas para transformar mi recuerdo: cada puntito de luz ahora es una semilla; veo pasar una estrella fugaz y pido que las guerras sean como ella, fugaces, que se extingan, y que la paz eche raíces y sea duradera.

Adolfo Córdova

Ciudad de México, febrero de 2024

Para Anne McNeil



John vio por primera vez a Jan, el niño alemán, el día que visitaron la fábrica de municiones de guerra.





Estaba ubicada justo en la ribera,
río abajo de la casa de John.



*Estaba justo al final de la calle
donde iba a la escuela.*

Todos esos años, mientras John crecía, la fábrica se había hecho más y más grande, y cuando la guerra comenzó, creció aún más, y continuó haciéndose más y más grande. Ahora medía más de kilómetro y medio de largo. John apenas podía recordar cómo era antes, así como apenas podía recordar cómo era él antes, durante aquellos días lejanos, antes de la guerra.

Era la fábrica de municiones más grande en el mundo. Ahí se construían los buques de guerra. Ahí se hacían armas y bombas y proyectiles. Era el lugar donde trabajaba la mamá de John, donde trabajaban muchas mamás. Trabajaban turnos de doce horas. Trabajaban horas extra y turnos dobles. Trabajaban más y más duro, más y más horas.

Al inicio y al final de cada turno, las calles se inundaban con ríos de mujeres uniformadas de azul que iban de sus casas hacia las rejas de la fábrica y de regreso.

Las calles se llenaban
con el ruido de sus pasos,
con su charla,
sus risas,
sus canciones.